

El gran secreto.

Tengo el cuello agarrotado de tanto mirar hacia arriba. En cuclillas, apoyo una mano en el suelo y con la otra, utilizo el pigmento que todavía tengo en los dedos para resaltar el contorno del bisonte que he dibujado en el techo. Me aparto un poco para ver el resultado y luego giro la cabeza hacia la pequeña Ula, que sentada sobre los talones, me mira atenta mientras sostiene en las manos la palmatoria donde arde la grasa. Me admira su paciencia. Podría estar jugando en la cascada del gran tronco y, sin embargo, prefiere acompañarme en lo más profundo de la gruta donde todo es quietud, humedad y sombras. Veo en mi hija las señales del clan; en el pelo castaño y lacio, el legado de quien solo yo sé que es su padre; y en su expresión de orgullo, mi propia naturaleza. Alargo el brazo para acariciar su cara tiznada de hollín y responde con una sonrisa amplia y una mirada brillante que resalta la negrura de sus ojos. Sonrío yo también mientras me ajusto las pieles que enrolladas a mi cuerpo sostienen a mi nuevo hijo. Pegado a mi vientre, Ao duerme tranquilo como si supiera que solo la calma permite a los espíritus de las fieras pasar a la roca.

Introduzco dos dedos en el cuenco del ocre rojo y hago un gesto a Ula para que acerque su rostro. Con un trazo suave, le pinto en la mejilla dos líneas cortas y paralelas, símbolo del conocimiento.

Luego, con la misma delicadeza, poso los dedos sobre sus labios para que se mantenga en silencio. Me complace su gesto de satisfacción. En esta pequeña niña veo la estirpe de la Gran Mujercreadora del mundo. Algún día será ella la que atrape el hálito de las presas en estas rocas, quien las cace y las desuelle después; quien, bajo los efectos de la bebida mágica, invoque a los espíritus del clan que la reconocerán por la figurilla de marfil que llevará colgada del cuello. Algún día, ¿por qué no?, será la jefa que dirija con prudencia y sabiduría a nuestro pueblo. Pero lo más importante es que será la siguiente guardiana del Gran Secreto, fuente del poder de las chamanes, porque solo nosotras sabemos de dónde viene la semilla de la vida.

Le pido con una seña que alce la lámpara un poco más y las dos levantamos la cabeza para observar al bisonte que mañana abatirán las cazadoras. Acercó la mano al lomo abultado de la fiera y siento que su espíritu ya está ahí. Es hora de marchar y me alegro, porque el peso de Ao se está haciendo insoportable y las piernas me duelen. Además, no quiero perderme el baño sagrado del último rayo del atardecer.

En la explanada de la entrada, al abrigo del alero rocoso que protege la cueva, sentiré el calor que la Gran Esfera nos regala durante su recorrido por el cielo.

Desde la pared del acantilado que alberga la gruta, veré el desfiladero por donde vendrán los bisontes, el río que nos regala el agua y los árboles que nos proveen el alimento del fuego. Soplaré el hueso agujereado y su sonido se propagará por todo el valle llamando a casa a los últimos rezagados. Y si Ao se despierta para que le amamante, dejaré que Ula toque el hueso mágico y acompañe con sus silbidos el crepitar de la hoguera y el trisar de los pájaros veloces despidiendo el día.

Miguel Angel Martín Herranz. Sant Cugat del Vallés. España